

Nos quedamos sin voz

M. VAZQUEZ MONTALBAN

LA retirada de Jordi Pujol de la Comisión de los Diez ha dejado a Catalunya sin su voz pactante durante varias semanas. Se dice que Pujol está mal de salud y se aporta como prueba el cólico nefrítico que padeció hace varias semanas. Pero también se dice que la retirada de Pujol de la Comisión de los Diez responde a una estrategia de partido, la CDC, en relación con el tema-problema de las nacionalidades. Por el hecho de ser investido "única voz pactante de Catalunya", Pujol, y con él la CDC, alcanzaba unas posibilidades publicitarias inestimables de cara al mercado electoral catalán. Tan inestimables, que el Equipo Democristiano delegó en Antón Canyellas su representación en la Comisión de los Diez para que los tacones postizos de Jordi Pujol fueran contrarrestados por los de Canyellas de cara a la futura disputa del mercado electoral catalán.

Pero las cosas han cambiado. Las ventajas de ser "la única voz pactante" de una nacionalidad requerían el precio de logros políticos evidentes beneficiadores de la nacionalidad representada. La voluntad del Gobierno Suárez de pasar el expediente de las nacionalidades a las futuras Cortes ha colocado en posición desahogada tanto a Pujol como a los representantes de Galicia o Euzkadi. Pujol no quiere asumir el riesgo de tener que rendir cuentas imposibles, porque muy poco hay que sumar ni repartir en el diálogo entre Gobierno y oposición a propósito del tema de las nacionalidades. En este capítulo, el Gobierno ha conservado casi todas las iniciativas, ha seguido su propia lógica y ha decidido aplazar el tema para mejor ocasión. El próximo paso será la liberación de presos vascos y catalanes que constituyen la mayoría de los no beneficiados hasta ahora por las mini-amnistías y los indultos. Con esa medida, el Gobierno espera bajar la tensión dominante en el País Vasco y el disgusto latente en Catalunya.

Ya todo conduce pues al territorio de las elecciones. Pujol ha cogido el definitivo viaje de vuelta en el perpetuo puente aéreo entre Barcelona y Madrid y se apresta a

una batalla electoral difícilísima y llena de contradicciones. Es cierto que en Catalunya no tienen incidencia las grandes formaciones políticas estatales, pero no es menos cierto que hoy por hoy sigue siendo un misterio quién tiene realmente incidencia. Las imágenes históricas supervivientes del pasado (Esquerra, Lliga, PSUC) no son lo que eran y se insertan en un contexto muy modificador: ejercicio de la memoria colectiva va jugar un papel mínimo como elemento decisor de la voluntad del público. Los otros partidos son nuevos de trínca, la imagen de sus líderes es hoy por hoy insuficiente, con la excepción de Pujol, sus programas son generales y próximos, porque nadie tiene claro en Catalunya el territorio a delimitar. La ambigüedad democrática del país, tan positiva en tantos aspectos, contribuye a acentuar la confusión que padecen políticos y paisanos. Las izquierdas no renuncian a un electorado moderadamente de derechas y las derechas no renuncian a un electorado moderadamente de izquierdas. Como aquí no hay amplios sectores actualmente en disposición radical, en muchos momentos da la impresión de que todo podría resolverse con un partido único para un electorado uniforme.

Esta situación es lógica consecuencia de una serie de factores políticamente atípicos. Las fuerzas políticas en presencia están por estrenar como opciones de Gobierno. Lo bueno o lo malo lo polariza el franquismo, el sistema de poder superado por las circunstancias y al mismo tiempo no vencido. Es decir, el franquismo es la explicación para todos los males de los que es consciente el conjunto social catalán, pero el hecho de que el franquismo no haya pasado por un 25 de abril ha permitido que la plana mayor de sus hombres en Catalunya pueda presentarse a las elecciones prestándose al expediente de un superficial maquillaje democratizador. Las siglas políticas han caído del cielo o han subido de los infiernos de la noche a la mañana y el público desconoce su lógica interna, el proceso que las ha producido, que es, en definitiva, el que

podría avalar unas señas de identidad. En la liquidación del franquismo no ha habido espectaculares vencedores ni vencidos, las ofertas políticas son muy similares entre sí y por ser nacionales, catalanas, no disponen de aparatos de fijación publicitaria equivalentes a los que hoy pueden emplear los aliados populares, o el PSOE, o los tiernistas, o incluso los del PCE en el conjunto del Estado español.

El papel de los medios de comunicación uniformadores se revela clave. Pongamos un ejemplo, el más extremo. Los líderes de la izquierda estatal son peor tratados por los medios de difusión de audiencia estatal que los líderes de la derecha. Pues bien, dentro de cada comunidad nacional, y sobre todo dentro de Catalunya, la memoria popular retiene más los nombres de los líderes de izquierda estatal que los líderes equivalentes de la izquierda nacional. Todo el mundo tiene una imagen precisa de Felipe González, Tierno Galván, Carrillo, Camacho, y, sin embargo, en Catalunya no ha cuajado una imagen precisa de sus equivalentes: Triginier, Raventós, López Raimundo o López Bulla. Se produce así la contradicción de un mercado electoral en el que en teoría no tienen futuro las opciones políticas sucursales, pero en el que en la práctica no hay imágenes nítidas de las propias opciones nacionales.

La situación puede cambiar de aquí a las elecciones y durante las elecciones. Pero hay abundantes suspicacias sobre tal posibilidad. La televisión va a ser un elemento capital en la potenciación de imagen, y, o bien Televisión Española delega parte de su programación en función de fijar imágenes políticas dentro del territorio de las nacionalidades, o la confusión del electorado puede ser impresionante y repercutir en una inapetencia participativa catastrófica para todos menos para el "bunker". Si entre los propósitos del Gobierno estaba realmente desprenderse de ese "bunker", se ha hecho con tanto recelo a las fuerzas democráticas que se ha tratado de achicarlas por todos los medios. Esas fuerzas democráticas renunciarán a la calle para conseguir acceso a

los salones del pacto y no han sido suficientemente compensadas. O su crédito crece de aquí al día "D" y la hora "H", o el voto masivo puede responder a las leyes de la inercia. Si los españoles votan en junio a tenor de las leyes de la inercia, Alianza Popular se hará con el poder. Si Alianza Popular se hace con el poder, todos habremos recorrido en muy poco tiempo la distancia más corta entre Herodes y Pilatos.

"A priori", sin embargo, Alianza Popular no lo tiene bien en Catalunya. El olor a agua bendita de lujo que despide el señor López Rodó llega como una vaharada de exóticos aromas que no son exactamente de este mundo. La derecha franquista puede jugar aquí cartas más autóctonas, y entre ellas se consolida día a día la de *Concordia Catalana*, encabezada por Samaranch. Este portero de jockey sobre patines de buena familia ha llegado a las puertas de la presidencia del Comité Olímpico Internacional y de la Generalitat de Catalunya sin apenas haberse cambiado la camisa azul. De hecho siempre llevó camisas azules de seda, probablemente según un diseño especial de Christian Dior o Pierre Cardin. No se le recuerda un juicio político que no sonara a tópico, y habría que bucear en sus años escolares para encontrar algún rasgo peculiar en su personalidad. Y, sin embargo, ahí está, como una opción política alternativa dispuesto a marchar todos juntos, y él el primero, por la senda de la Constitución. Se dice que todas las vallas publicitarias de Barcelona están compradas por *Concordia Catalana* y el *PSOE* durante las semanas de la campaña electoral oficial. Se dice que la confusión e indecisión general va a hacer de la publicidad cuantitativa un factor decisivo fundamental, y sobre todo de una publicidad visual, porque desde las páginas de *Le Monde* el señor Fontaine nos ha recordado que en España se leen poquísimos periódicos y que de veintidós millones de posibles votantes, diecisiete no ven un diario ni por el forro.

Imágenes y voces. Sin una televisión propia y perdida la voz única pactante, Catalunya está confusa. La insinuada elección del señor Coll Alentorn como heredero